

El culto a Tláloc:

el **agua** y las **plantas** de
ofrenda entre los Mexicanos

Alejandro Torres-Montúfar



Introducción

El agua ha sido un recurso esencial para las civilizaciones humanas desde tiempos inmemoriales, y en el México prehispánico no fue diferente. En la civilización Mexica, el agua era un recurso vital no solo para la supervivencia cotidiana sino también como un elemento sagrado profundamente arraigado en su cosmovisión y prácticas religiosas. El agua era considerada esencial para la agricultura, la cual sustentaba a la vasta población del Imperio Mexica. Este recurso fue divinizado a través de Tláloc, el dios de la lluvia, y sus ayudantes, los Tlaloques, quienes eran vistos como pequeños dioses o espíritus del agua.

Entre los muchos dioses venerados por los pueblos mesoamericanos, Tláloc, el dios de la lluvia, ocupa un lugar destacado debido a su papel central en la vida agrícola y religiosa.

Tláloc es uno de los dioses más antiguos y venerados en Mesoamérica, con representaciones que se remontan al período Teotihuacano (200-700 d.C.) (Pasztor, 1988).

Fray Bernardino de Sahagún, en su obra monumental "Historia General de las Cosas de la Nueva España", describe a Tláloc como un dios de gran relevancia para los mexicas, encargado de enviar las lluvias necesarias para las cosechas y, por ende, la supervivencia de la comunidad. Sahagún señala que Tláloc era representado con una apariencia temible, con ojos grandes y redondos, y colmillos prominentes, lo que subrayaba su poder y su relación con los fenómenos naturales más imponentes y a veces destructivos (Sahagún, 2002).

De acuerdo con Sahagún (2002) el culto a Tláloc incluía una variedad de rituales y ceremonias que buscaban asegurar la provisión de agua para los cultivos y, por ende, la supervivencia de la comunidad. Entre estos rituales destacaban los sacrificios humanos, una práctica común en las culturas mesoamericanas, en la que las víctimas, a menudo niños, eran sacrificadas para apaciguar a Tláloc y asegurar su favor. Los niños eran considerados especialmente poderosos en estos rituales debido a la creencia de que sus lágrimas podían atraer la lluvia.

Otro cronista, Diego Durán, en "Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme", describe a Tláloc como una deidad esencial para el equilibrio del ciclo agrícola. Durán detalla que los mexicas realizaban elaboradas ceremonias en honor a Tláloc, incluyendo sacrificios humanos y ofrendas de alimentos y bienes preciosos, para asegurar su favor y obtener las lluvias necesarias para sus cultivos (Durán, 1984).

Fray Toribio de Benavente, conocido como Motolinía, en su obra "Historia de los Indios de la Nueva España", describe cómo los sacerdotes mexicas llevaban a cabo ceremonias en las cimas de montañas y cerca de cuerpos de agua, considerados lugares sagrados donde Tláloc habitaba o se manifestaba. Estas ceremonias incluían danzas, cánticos y ofrendas específicas para propiciar las lluvias (Motolinía, 1985).

En síntesis, Tláloc era considerado el máximo dios de la lluvia, los relámpagos y la fertilidad agrícola. Según las crónicas, Tláloc residía en las montañas sagradas, desde donde enviaba las lluvias a la tierra (Durán, 1984). Si la economía azteca se basaba en la agricultura, con cultivos principales como el maíz, frijol y calabaza,

por tanto, la gestión eficiente del agua era esencial para mantener la producción agrícola en las tierras del Valle de México, que sufría de variaciones estacionales en la disponibilidad de agua (Nicholson, 1971). Las diversas representaciones gráficas de Tláloc incluyen esculturas, ollas, códices, y relieves en templos (Figura 1).

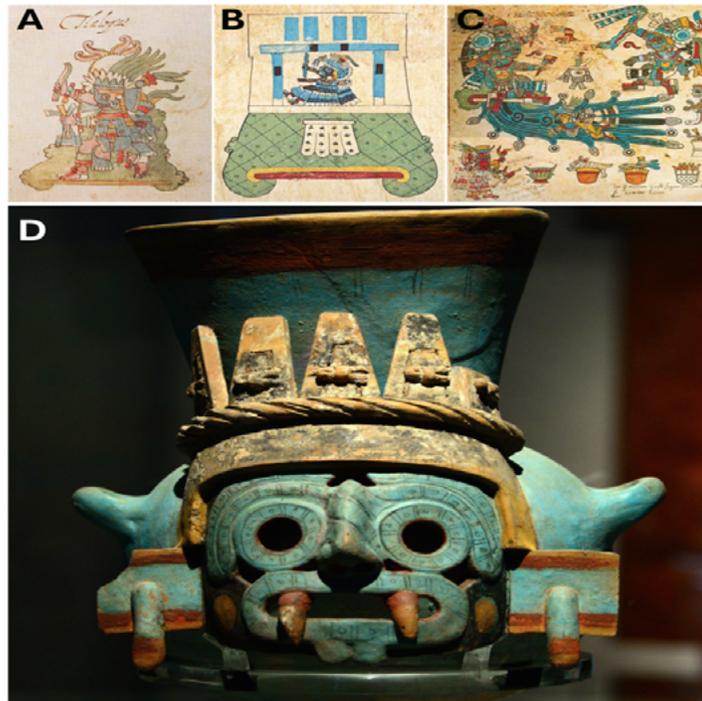


Figura 1. Representaciones de Tláloc en el México prehispánico. A. Tlaloc, el dios de la lluvia, los cerros, la tormenta y el rayo. Códice Ríos. B. Tláloc en su templo en la cumbre del cerro. Códice Borbónico. C. Tláloc, dios de la lluvia con su cetro de rayo-serpiente y el agua preciosa que brota de las fauces del cerro. Códice Borbónico. D. Olla Tláloc exhibida en el Museo del Templo Mayor en las cuales se ofrendaban semillas en su interior. Fotografía Museo del Templo Mayor-INAH.

Ollas Tláloc y las plantas de ofrenda

Adicionalmente a Tláloc, en el México prehispánico, se creía que particularmente las lluvias eran causadas por la intervención de pequeños dioses del agua, los Tlaloques, estos habitaban en los cuatro puntos cardinales y llevaban el agua en ollas, que luego vertían sobre la tierra. Algunas de estas ollas, decoradas con la cara de Tláloc y pintadas de azul, eran llamadas “ollas de nubes” y se utilizaban en ceremonias para simbolizar la regeneración del agua y la fertilidad que revitalizaba la naturaleza anualmente (López Austin & López Luján, 2011).

Sahagún (2002) menciona que, durante la fiesta de los dioses del agua, en la veintena *Etzalcualiztli*, se usaban ollas azules para colocar los corazones de los individuos que personificaban a los *Tlaloques* y que eran sacrificados como ofrendas. Finalmente, estas ollas eran arrojadas en el remolino de Pantitlán, un lugar sagrado en el lago de Texcoco en Tenochtitlan, con el propósito de regenerar las aguas y fomentar la fertilidad de la tierra.

La arquitectura dedicada a Tlaloc también era grandiosa y significativa, con templos y altares construidos específicamente para su culto. El Templo Mayor en Tenochtitlán, la capital del Imperio Mexica es uno de los ejemplos más destacados. Este templo tenía dos santuarios en la cima, uno dedicado a Tláloc y otro a Huitzilopochtli, el dios de la guerra. Esta disposición subrayaba la dualidad y la interdependencia de las fuerzas naturales y militares en la cosmovisión mexica (Matos-Moctezuma, 1988).

En el Templo Mayor, las ofrendas y sacrificios a Tláloc se realizaban regularmente, y el templo en sí mismo estaba decorado con iconografía asociada a la lluvia y el agua. Los sacerdotes encargados del culto a Tláloc llevaban a cabo ceremonias elaboradas, incluyendo danzas, cánticos y el uso de objetos sagrados, como los incensarios y las estatuas de Tláloc, para atraer las lluvias y asegurar la fertilidad de la tierra.

En diversas ofrendas excavadas en el Templo Mayor de Tenochtitlán se han encontrado numerosas Ollas Tláloc, en las que se conservan restos vegetales (flores, semillas o resinas) de plantas que eran depositadas en la olla como parte de un ritual de veneración a Tláloc y cuyos restos se recuperaron de excavaciones arqueológicas a lo largo de décadas de estudio (López-Luján, 2006).

Las especies vegetales documentadas corresponden a plantas cultivadas y recolectadas durante la temporada de lluvias. Entre las plantas que simbolizan la agricultura se encuentran la chía (*Salvia hispanica* L., *Lamiaceae*), la calabaza (*Cucurbita pepo* L., *Cucurbitaceae*) y elementos de la familia *Amaranthaceae* (*Chenopodium* sp o *Amaranthus* sp), mientras que las plantas

de recolección incluyen la Chía Gorda (*Hyptis suaveolens* (L.) Poit., *Lamiaceae*), Copal (*Bursera bipinnata* (DC.) Engl., *Burseraceae*) y Pericón (*Tagetes lucida* Cav., *Asteraceae*) (Figura 2).

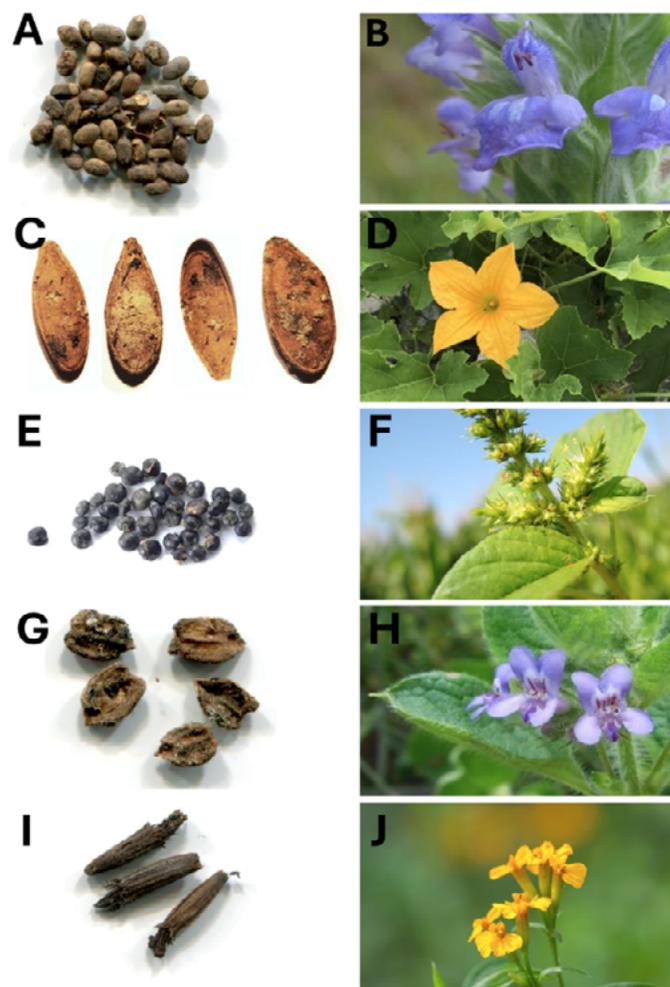


Figura 2. Plantas ofrendadas en las Ollas Tláloc del Templo Mayor de Tenochtitlán. A. Semillas de chía (*Salvia hispanica*). B. Flores de Chía. C. Semillas de calabaza (*Cucurbita pepo*). D. Flor de calabaza. E. Semillas de Amaranthaceae (*Amaranthus* sp). F. Inflorescencia de amaranto. G. Semillas de Chía Gorda (*Hyptis suaveolens*). H. Flores de Chía Gorda. I. Involucros de Pericón (*Tagetes lucida*). J. Inflorescencias de Pericón.

Durante la época prehispánica, el amaranto se cultivaba extensamente; actualmente se utiliza la variedad *Amaranthus hypocondriacus* L., conocida comúnmente como “alegría” que posee un alto valor alimenticio (Calderón & Rzedowski, 2001). Otra Amaranthaceae importante es el epazote, nombre asignado a plantas herbáceas y ocasionalmente arbustivas, anuales y en su mayoría aromáticas. Varias especies de epazote se recolectaban para alimento, medicina o como condimento. Este género incluye especies ruderales y arvenses de climas templados y cálidos, excepto el *Huanzontli* (*Chenopodium berlandieri* ssp. *nuttaliae* (Saff.) Wilson & Heiser), una planta cultivada en la cuenca de México y consumida como verdura (Calderón & Rzedowski, 2001).

El pericón (*Tagetes lucida*), conocido por su color amarillo intenso y su aroma, tenía un importante valor ritual en Mesoamérica. Las ofrendas asociadas a los templos de Huitzilopochtli y Tláloc contienen ramas y flores de pericón que adornaban artefactos de papel de amate importantes, como petos y conos de varas de mando relacionados con Tláloc (Montúfar et al., 2013).

El simbolismo del pericón está vinculado a la agricultura del maíz, el agua y los mantenimientos, como se observa actualmente (Sahagún, 2002; Durán, 1984). Ortiz de Montellano (1980) llamó al pericón la “flor de Tláloc”. Actualmente, las flores de pericón se siguen utilizando en rituales como Xilocruz y San Miguel en Morelos y Guerrero, donde se adornan las milpas con cruces de ramitas con flores de pericón, agradeciendo las primeras mazorcas (Figura 3) (Sierra-Carrillo, 2007).

La Chía Gorda (*Hyptis suaveolens*) se valoraba por sus semillas comestibles y propiedades medicinales. Esta planta arbustiva,

originaria de regiones cálidas fuera de la cuenca de México, se encontraba en las vasijas de Tláloc, posiblemente debido a su aroma y sus beneficios alimenticios y medicinales, además de su inclusión en actividades de tributo o comercio que aseguraban su traslado al recinto sagrado de Tenochtitlán (Montúfar, 2013).



Figura 3. Cruz de pericón ofrendada en la milpa para agradecer la cosecha. Jolalpan, Puebla. Fotografía: Alejandro Torres Montúfar.

El copal (*Bursera bipinnata*), una resina utilizada tradicionalmente en Mesoamérica se ofrecía como tributo y para fines ceremoniales. Su humo aromático facilitaba el vínculo entre humanos y dioses y se utilizaba en las fiestas de veintenas del calendario solar, como la veintena *Tóxcatl*, donde se ofrecía a *Huitzilopochtli* (Sahagún, 2002; Durán, 1984). El copal sigue siendo un material de ofrenda destacado en rituales relacionados con el ciclo del maíz entre las comunidades indígenas de México (Figura 4) (Montúfar, 2013).



Figura 4. Quema de copal en ritual agrícola en Acatlán, Guerrero. Fotografía. Aurora Montúfar López.

Consideraciones finales

Las ollas de Tláloc, encontradas en los depósitos de oblación, simbolizan la tierra, las montañas y el agua. Los registros botánicos muestran una riqueza de semillas cultivadas y recolectadas en la temporada de lluvias, lo que sugiere fertilidad y renacimiento de la naturaleza en relación con el ciclo anual de sequía y lluvias en México.

A pesar de la conquista y la influencia europea, muchas de las tradiciones relacionadas con el culto a Tláloc y los Tlaloques han perdurado en el México contemporáneo. Las comunidades indígenas siguen realizando ceremonias para pedir lluvia y celebrar las cosechas en fechas específicas del calendario agrícola. Estas ceremonias incluyen la ofrenda de copal y otras plantas sagradas, y se llevan a cabo en lugares tradicionales como montañas y campos de cultivo en días como San Marcos (25 de abril) y Santa Cruz (3 de mayo), ceremonias que se llevan a cabo en cerros y montañas, donde reside Tláloc, los Tlaloques y se origina el agua.

Referencias

- Calderón de Rzedowski, G. y Rzedowski, J. (2001). Flora fanerogámica del Valle de México, Instituto de Ecología y Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad.
- Durán, D. (1984). Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme. Editorial Porrúa.
- López-Austin, A. y López-Luján, L. (2011). Monte sagrado-Templo mayor: El cerro y la pirámide en la tradición religiosa mesoamericana. Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM e Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- López-Luján, L. (2006). The Offerings of the Templo Mayor of Tenochtitlan. University of New Mexico Press.
- Matos-Moctezuma, E. (1988). The Great Temple of the Aztecs: Treasures of Tenochtitlan. Thames & Hudson.
- Montúfar López, A., Barrera Rivera, J. A. e Islas Domínguez, A. (2013). Una mirada arqueológica de la ofrenda 102 del Templo Mayor de Tenochtitlan: su contenido botánico y simbolismo. En: Convocar a los dioses: ofrendas mesoamericanas, Johanna Broda (coord.), Instituto Veracruzano de la Cultura.
- Motolinía, T. de B. (1985). Historia de los Indios de la Nueva España. México: Editorial Porrúa.
- Nicholson, H. B. (1971). En: Religion in Pre-Hispanic Central Mexico. G. F. Ekholm & I. Bernal (Editores), Handbook of Middle American Indians, Volume 10: Archaeology of Northern Mesoamerica, University of Texas Press.
- Ortiz De Montellano, B. (1980). Las hierbas de Tláloc. Estudios de Cultura Nahuatl 14, 287-314.
- Pasztory, E. (1988). Teotihuacan: An Experiment in Living. University of Oklahoma Press.
- Sahagún, B. de (2002). Historia General de las Cosas de la Nueva España. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Sierra Carrillo, D. (2007). El demonio anda suelto: el poder de la Cruz de pericón, Colección Fuentes, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Dr. Alejandro Torres-Montúfar. Profesor en la carrera de Ingeniería Agrícola. Biólogo egresado de la Facultad Ciencias de la UNAM. Doctor en Ciencias Biológicas por el Instituto de Biología de la UNAM. Miembro del SNI, nivel 1. Ha publicado 20 artículos científicos en revistas indexadas y numerosos congresos nacionales e internacionales. Su línea de investigación es sobre taxonomía y sistemática molecular de la familia Rubiaceae, adscrito al Herbario de la Facultad de Estudios Superiores Cuautitlán (Herbario-FESC) de la Universidad Nacional Autónoma de México.
Email: montufar@comunidad.unam.mx